

prueba, y esta es, precisamente, una de las páginas más bellas de su obra. ¿Y no es cierto que si Carlos V y Felipe II hubiesen podido, por un medio cualquiera, obligar á los españoles á trabajar, habrían sido para ellos unos verdaderos dioses tutelares, unos padres de la patria? Desgraciadamente, Carlos V y Felipe II no eran socialistas ni economistas; no tenían á su disposición veinte sistemas de organización y de reforma, y no creían que la salida de los capitales españoles sería una *razon elevada á la cuarta potencia* para hacerlos volver. Como todos los hombres de su época, sentían vagamente que la exportación del numerario equivalía á una evacuación de la riqueza nacional; que si comprar siempre no vendiendo jamás era el medio más rápido de arruinarse, comprar mucho y vender poco era un agente de ruina menos pronto, pero seguro. Su sistema de exclusión, ó por mejor decir, de coerción al trabajo, no consiguió el objeto que se proponían; convengo en ello, y hasta confieso que era imposible que lo consiguiesen; pero yo sostengo también que era imposible emplear otro, y para probarlo apelo á toda la sagacidad inventiva del señor Blanqui.

Dos cosas faltaron á los reyes de España: el secreto de hacer trabajar á una nación cargada de oro, secreto más imposible que el de la piedra filosofal, y el espíritu de tolerancia religiosa en un país en donde la religión era superior á todo. La opulenta y católica España estaba condenada por su religión y por su culto. Las barreras que establecieron Carlos V y Felipe II, derribadas por la cobardía de los súbditos, no opusieron más que una débil resistencia á la invasión extranjera, y en menos de dos siglos, un pueblo de héroes se convirtió en un pueblo de lazarillos.

¿Dirá el Sr. Blanqui que la España se empobreció, no por sus cambios, sino por su inacción; no á causa de la supresión de las barreras, sino á pesar del establecimiento de estas barreras? El Sr. Blanqui, cuya elocuencia brillante y viva sabe dar relieve á las cosas más pequeñas, es capaz de hacer esta objeción, y yo debo prevenirla.

Conviene todo el mundo en que consumir sin producir, es, hablando con propiedad, destruir; por consiguiente, que gastar su dinero de una manera improductiva, es también destruir; que tomar prestado sobre su patrimonio y con este objeto, es todavía destruir; que trabajar con pérdida es destruir, y que vender perdiendo es también destruir. Pero comprar más mercancías de las que se pueden vender, es trabajar con pérdida, es comer su patrimonio, es, en fin, destruir su fortuna: ¿qué importa que esta fortuna se marche en contrabando ó por medio de un contrato auténtico? ¿Qué importan las aduanas y las barreras? La cuestión está en saber si al dar una mercancía con la cual se domina el mundo, y que no se puede recobrar sino por medio del trabajo y del cambio, se enajena la libertad. Tengo, pues, el derecho de asimilar lo que hizo España bajo el reinado de Carlos V y Felipe II, cuando se limitaba á dar su oro en cambio de los productos extranjeros, á lo que hacemos nosotros mismos cuando cambiamos 200 millones de productos extranjeros por 160 millones de los nuestros, mas 40 millones de francos en dinero.

Cuando los economistas se ven demasiado apretados por los principios, se arrojan á los detalles, sofistican sobre el interés del consumidor y la libertad individual; nos deslumbran con sus citas, denuncian los abusos de la aduana, sus raterías y sus vejaciones, hacen valer el mal inseparable del mo-

nopolio para concluir siempre pidiendo la libertad absoluta del monopolio. Respondiendo el Sr. Blanqui, con su inagotable palabra, á un célebre periodista, entretuvo agradablemente á sus lectores presentándoles la aduana percibiendo 5 céntimos por una sanguijuela, 15 por una víbora, 25 por una libra de quina, otro tanto por un kilogramo de regaliz, etc. Todo paga, exclamaba; hasta los remedios que deben dar la salud á los desgraciados. ¿Por qué no añadió, hasta el vino que bebemos, la carne que comemos y las telas que vestimos? Pero ¿por qué no pagará todo, si es necesario que algunas cosas paguen? Decid de una vez, pero sin declamar ni echarosla de gracioso, de qué modo vivirá el Estado sin contribuciones, y cómo se sostendrá el pueblo sin trabajar.

Con motivo de los hierros y de los palastros empleados en la marina, el Sr. Carlos Dupin apoyó en el Consejo general de agricultura y comercio el sistema de primas; pero el *Diario de los economistas*, correspondiente á Febrero de 1846, le contestó en los siguientes términos: «El Sr. Carlos Dupin asegura que hay bastantes fábricas en Francia para satisfacer todas las necesidades de la navegacion. LA CUESTION NO ES ESA. ¿Pueden y quieren esas fábricas dar el hierro tan barato como se encontraría en Bélgica ó en Inglaterra?»

LA CUESTION ES ESA PRECISAMENTE. ¿Es indiferente para una nacion vivir trabajando ó morir contrayendo empréstitos? Si la Francia debe abandonar la produccion de todos los objetos que el extranjero puede darle más baratos, no hay razon para que continúe trabajando en aquellos que son superiores; y todos los esfuerzos que hacemos para atraer la clientela que se nos escapa, son muy mal entendidos. El principio prohibitivo, llevado á su última consecuencia,

llega, como dijo el Sr. Dussard, hasta el extremo de rechazar los productos extranjeros sin motivo; pero el principio anti-prohibitivo, llega tambien hasta el extremo de hacer cesar el trabajo nacional, áun cuando sea más barato; y en vez de elevarse sobre esta alternativa, los economistas la aceptan y eligen. ¡Qué ciencia tan pobre!...

El acto político que más ha sublevado á los economistas, fué el bloqueo continental emprendido por Napoleon contra Inglaterra. Eliminemos lo que hubo de gigantesco y de pequeño en esta máquina de guerra que era imposible hacer maniobrar con la misma precision que un cuadro de la Guardia, pero que estaba perfectamente concebida, y que es, á mis ojos, una de las pruebas más asombrosas del genio de Napoleon. *El hecho depuso en mi favor*, decía en Santa Elena: ¡tan grande era la importancia que daba á este título imperecedero de su gloria, y tanto le agradaba consolarse en su destierro con la idea de que, al sucumbir en Waterloo, habia clavado en el corazon de su enemigo el dardo que debia matarle!

El *Diario de los economistas* (Octubre de 1844), despues de haber reunido todas las razones que justifican á Napoleon, encontró medio de terminar afirmando que *el hecho depuso contra Napoleon*. Hé aquí los motivos en que se funda, y téngase en cuenta que ni cambio ni exagero nada.

Que el bloqueo continental obligó á la Europa á salir de su letargo; que desde el reinado del emperador data el movimiento industrial del continente; que á consecuencia de este movimiento, la Francia, la España, la Alemania y la Rusia, empezaron á prescindir de los abastos ingleses; que despues de haberse sublevado contra el sistema de exclusion imaginado por el emperador, aquellas naciones lo

aplicaron al pié de la letra; que el pensamiento de un solo hombre llegó á ser el de todos los gobiernos; que imitando á la Inglaterra, no sólo en su industria, sino tambien en sus combinaciones prohibitivas, reservan por todas partes á los fabricantes indígenas el mercado de su país; que la Inglaterra, amenazada de un modo más serio por este bloqueo universal tomado de Napoleon, y próxima á carecer de mercados, pide á grandes gritos la supresion de las barreras, celebra *meetings* mónstruos en favor de la libertad absoluta de comercio, y por este cambio de táctica, procura llevar las naciones rivales á un movimiento abolicionista. « El sistema protector, decia el Sr. Huskisson en la cámara de los comunes, es para la Inglaterra un privilegio de invencion que ha terminado. »—« Sí, replica el Sr. Dombasles; el privilegio cayó bajo el dominio público, y hé ahí por qué la Inglaterra no le quiere ya. » Yo añado que eso prueba, precisamente, que hoy lo necesita más que nunca.

Lo que más entusiasmo á nuestros economistas en favor de los partidarios de la Liga, es que estos piden la abolicion de los derechos de entrada para todos los productos del exterior, SIN RECIPROCIDAD. ¡Sin reciprocidad! ¡Qué sacrificio por la santa causa de la fraternidad humana! Esto recuerda el derecho de visita. ¡Sin reciprocidad! ¿Cómo es posible que nosotros, franceses, germanos, portugueses, españoles, belgas y rusos, resistamos á esta prueba de desinterés?

« ¿Cómo es posible creer, exclama el abogado de la Liga, Sr. Bastiat; cómo es posible creer que tantos esfuerzos perseverantes, tanto calor sincero, tanta vida, tanta accion y tanta armonía no tengan más que un objeto; engañar á los pueblos vecinos haciéndoles caer en la red? Yo he leído más de trescientos discursos de los oradores de la Liga; he leído

un número inmenso de periódicos y folletos publicados por esta poderosa asociacion, y puedo afirmar que no he encontrado en ellos una sola palabra que justificase semejante suposicion, una sola palabra por la cual se pudiese inferir que se trata de asegurar la explotación del mundo al pueblo inglés valiéndose de la libertad de comercio. »

Parece que el Sr. Bastiat ha leído mal ó no comprendió bien. Hé aquí lo que encontró en las publicaciones de la Liga un economista no ménos conocedor que el Sr. Bastiat, de la retórica de los liguistas.

« Esos periódicos y esos folletos están llenos de sutilezas y de sofismas, y se contradicen los unos á los otros, aunque casi todos salen de una misma pluma.

» Cuando se dirigen al pueblo, los liguistas dicen, apoyándose en A. Smith: La libre importacion del trigo hará bajar el precio del pan, aumentando á la vez el salario del trabajo á consecuencia del pedido considerable de productos manufacturados.

» Si hablan á los capitalistas, la disminucion del precio de las subsistencia nos permitirá rebajar los salarios aumentando nuestros beneficios en razon de la extension del mercado. Y además, si los trabajadores se presentan exigentes, podremos prescindir de ellos recurriendo á las máquinas y al vapor.

» ¿Se dirigen á un propietario? Entónces dejan á Smith y toman á Ricardo; se esfuerzan en probar que la libertad comercial, en vez de hacer bajar el precio del trigo en Inglaterra al nivel del precio más bajo que tengan en los mercados extranjeros, hará subir los trigos extranjeros al mismo precio que tienen los ingleses. Y además, la posicion insular de la Gran Bretaña asegurará siempre á los dueños del suelo un enorme privilegio; un monopolio.

» Para convencer á los colonos: No es contra ellos contra quienes la Liga dirige sus baterías, porque no son ellos los que se aprovechan del monopolio, sino el propietario que percibe el impuesto sobre el hambre. El día en que quede abolido el derecho sobre los trigos, el parlamento decretará una reduccion proporcional de los arriendos. Además, la mecánica hará muy pronto progresos maravillosos y muy superiores á los que ya hemos presenciado: dentro de poco el trabajo de los campos se hará por motores inanimados; y en todo caso, la reduccion del precio de los artículos permitirá bajar los salarios, y todos los productos volverán á los colonos. (*Revista independiente*, 25 de Febrero de 1846, artículo del señor VIDAL.)

Pero, ¿qué significan los discursos y qué importan las palabras? Es preciso juzgar los hechos, *potius quod gestum, quam quod scriptum*. El pueblo inglés se propuso vivir, no de los productos naturales de su territorio, aumentados con una cantidad proporcional de artículos manufacturados, mas una nueva proporcion de productos comprados en el exterior á cambio de los suyos, no; el pueblo inglés se propuso vivir de la explotacion del mundo entero por la venta exclusiva de sus quincallas y de sus tejidos, sin recibir en cambio más que el dinero de su clientela. Esta explotacion anormal ha perdido á la Inglaterra desarrollando en su seno el *capitalismo* y el *salariado*, y ese es el mal que pretende inocular al mundo deponiendo el escudo de sus tarifas, despues de haberse cubierto con la coraza de sus impenetrables capitales.

« El año último (1844), decia en un banquete un obrero inglés citado por el Sr. Leon Faucher, hemos exportado hilos y tejidos por valor de 630 millones de francos. Hé ahí la fuente principal de nuestra

prosperidad. Pero cuando los mercados extranjeros se cierran para nosotros, entónces viene la baja de los salarios. De los hilanderos, *cinco trabajan para el extranjero* y uno para nosotros, y los tejedores fabrican *una sola* pieza para el interior y *seis* para los mercados del exterior. »

Hé ahí, formulada en un ejemplo, la economía de la Gran Bretaña. Suponed su poblacion de 22 millones de habitantes; necesita 132 millones de extranjeros para ocupar sus tejedores, 110 para dar trabajo á sus hilanderos, y así, proporcionalmente, para todas las industrias inglesas. Esto no es cambio; esto es la servidumbre y el despotismo llevados al último extremo. Todas las arengas de los liguistas se estrellan contra esta violacion flagrante de la ley de proporcionalidad; ley que es tan verdadera para la totalidad del género humano, como para una sola sociedad; ley suprema de la economía política que los economistas olvidan ó desconocen.

Si los productos de los obreros ingleses se cambiasen por productos extranjeros que ellos consumiesen; si el cambio se realizase con arreglo á la ley del trabajo, no sólo entre los comerciantes ingleses y las demás naciones, sino entre ellos y sus asalariados, á pesar de la anomalía de una especialidad tan restringida, el mal, comercialmente hablando, no existiría; pero... ¿quién deja de ver la falsa y engañosa posicion en que se encuentra la Inglaterra?

Los obreros ingleses no trabajan para consumir los productos de las demás naciones, no; trabajan para enriquecer á sus amos. Para la Inglaterra, el cambio integral en naturaleza es imposible, porque necesita absolutamente que sus exportaciones dejen en su favor una entrada siempre creciente de numérico. La Inglaterra no espera de nadie hilo, ni teji-

dos, ni hullas, ni hierros, ni máquinas, ni quincallería, ni lanas; hasta se puede decir que no necesita granos, ni cervezas, ni carnes, supuesto que la penuria que sufre, efecto del monopolio aristocrático, es más ficticia que real. Después de la reforma de la ley sobre cereales, la renta de Inglaterra disminuirá por un lado, pero aumentará bien pronto por el otro; sin esto, el fenómeno que nos ofrece en estos momentos sería ininteligible y absurdo. En cuanto á los objetos de consumo que recibe del exterior, como son té, azúcar, café, vinos y tabacos, son muy poca cosa en comparación de las masas manufacturadas que exporta. Para que Inglaterra pueda vivir en la situación que se ha creado, es preciso que las naciones con quienes trate se obliguen á no hilar ni tejer nunca el algodón, la lana, el cáñamo, el lino y la seda; es necesario que le abandonen, además del privilegio de las quincallerías, el monopolio del Océano; que en todo y por todo, como se lo aconsejaba el más famoso y el más loco de todos los reformadores contemporáneos, Fourier, acepten la comisión de los ingleses, y que éstos se conviertan en factores del globo. ¿Es esto posible? Y si no lo es, ¿cómo dentro del sistema de la libertad de comercio puede ser una verdad la reciprocidad de los cambios con los ingleses? ¿Cómo, en fin, sin el sacrificio de las demás naciones, puede sostenerse la situación de la Gran Bretaña?

Desde que entraron en la China, los ingleses obligan á los chinos á practicar el principio de la no prohibición. En otro tiempo, la salida del numerario se castigaba severamente en el celeste imperio; pero hoy el oro y la plata se exportan con toda libertad. La *Revista de los economistas* (Enero y Febrero, 1844) decía sobre este asunto: «La Inglaterra, que obtuvo de la China lo que quería, renuncia al honor costoso

de sostener un embajador en Pekin; y de este modo aleja de aquel país, sin que nadie pueda quejarse, á todos los hombres políticos cuya influencia podría serle perjudicial. Por otra parte, consintió en poner en sus tratados una cláusula adicional que concede á todos los pabellones las ventajas que ella había reservado exclusivamente para el suyo; y gracias á esta concesión aparente, hizo inútil la presencia en China de diplomáticos y de negociadores europeos y hasta americanos; pero arregló tan bien las cosas, que continúa recogiendo sola, casi todos los beneficios del mercado chino. Ella formó las tarifas y ella preside á su aplicación en los cinco puertos abiertos al comercio: inútil será decir que estas tarifas son moderadas, sobre todo en aquellos artículos ingleses que no pueden tener competencia. »

Y bien: ¿qué dicen los economistas de esta lealtad púnica? ¿Está bien probado que la Inglaterra busca, con su teoría del libre cambio, no comerciantes que cambien, sino personas que compren?

El *Anuario de la economía política* para 1845 vino á confirmar las siniestras previsiones de la *Revista económica* de 1844. Hé aquí sus palabras:

«El tratado con la China no produjo todavía para los ingleses las ventajas que se esperaban. La Inglaterra empieza á temer que, á consecuencia de las balanzas del comercio enormes y desfavorables al Celeste imperio, durante algunos años, el numerario ESCASEE TANTO, que sea imposible toda transacción con este país (1). »

(1) Este artículo fué desmentido por el *Diario de los economistas*, que presentó datos calificados de más verídicos. En cuanto á mí, el hecho me parece tanto más indudable, cuanto que es un resultado necesario de la política inglesa. ¿Qué vale, ante la necesidad, la retractación de un periodista, áun cuando sea el mejor informado?

Por último; el Sr. Fix exclamaba un día: « La suerte de la China será igual á la de la India. El origen de las posesiones inglesas en esas vastas regiones, se debe á esa política odiosa é infame que decretó la *servidumbre y la explotación* de tantos pueblos diferentes. »

Los economistas que nos refieren todos estos hechos, ¿no tienen gracia al burlarse de los prohibicionistas y de los que desconfían de las mercancías de la *pérfida Albion*? En cuanto á mí, lo declaro con franqueza: impresionado por las palabras del Sr. Dombasles, *yo no sé si habrá un solo francés que quiera decir y hasta encontrar la verdad en las cuestiones que á este asunto se refieren*, espero con impaciencia que los economistas respondan; pues por más que sea su adversario, por más que se me suponga muy interesado en destruir, *per fas et nefas*, la fama de sus teorías, consideraría como una desgracia para la ciencia, que una de las grandes escuelas que la dividen, y hasta que la honran, se expusiese buenamente y por un movimiento de falsa generosidad, á pasar en nuestro susceptible país por agente secreto de nuestra eterna rival.

Todo el mundo sabe que la agitación inglesa en favor de la libertad de comercio, se dirigió en un principio exclusivamente contra el monopolio de los cereales. Como la industria había agotado todos los medios de reducción, y como la contribución para los pobres, que ántes servía de suplemento á la contribución del obrero, quedó abolida, los fabricantes pensaron en hacer disminuir el precio de las existencias pidiendo la reforma de los derechos sobre los granos. Su pensamiento no fué más léjos entonces; y sólo despues de las recriminaciones que los lores de la tierra les lanzaron, comprendieron que la industria inglesa, tomada en masa, no necesitaba

protección, y que podía muy bien aceptar el reto de la agricultura. Marchemos, pues, dijeron los manufactureros, no á una reforma parcial, sino general: esto será ventajoso y lógico á la vez; esto, en fin, parecerá sublime. Las fortunas, momentáneamente cambiadas, se volverán á formar en otros puntos; y el proletario inglés, entretenido con esa guerra de industria sostenida contra el mundo entero, olvidará sus esperanzas de igualdad.

Que lo niegue ó lo confiese, por medio de la libertad de comercio, la Liga marcha á la servidumbre de las naciones; y los que nos ponderan la filantropía de sus oradores, debían empezar por hacernos olvidar que con sus biblias y sus misioneros empezó la devota Inglaterra la obra de sus expoliaciones y de su bandolerismo. Los economistas se han admirado del profundo silencio que guardó la prensa francesa sobre la agitación anti-prohibicionista de la Gran Bretaña; y yo también me admiro, aunque por motivos completamente diferentes. Yo me admiro de que se tome por una renuncia solemne al sistema de la balanza del comercio, lo que es, por parte de nuestros vecinos, la aplicación más vasta y más completa de ese sistema; y me admiro también de que no se haya denunciado á la policía de Europa esa gran comedia anglicana, en la cual los pretendidos teóricos de este lado del estrecho, compadres de los del otro, se esfuerzan por hacernos desempeñar el papel de víctimas.

PUEBLOS IMPORTADORES, PUEBLOS EXPLOTADOS: hé ahí lo que saben perfectamente los hombres de Estado de la Gran Bretaña que, no pudiendo imponer por la fuerza de las armas sus productos al universo, se han puesto á beneficiar en las cinco partes del mundo la mina del libre cambio. El mismo Roberto Peel lo ha confesado en la tribuna. « Nosotros refor-

mamos la ley de cereales, dijo, para producir más barato.» Y estas palabras, citadas en el parlamento francés, calmaron entre nosotros súbitamente el entusiasmo abolicionista. Según la confesión de toda la prensa francesa (1), quedó establecido que la reforma de Roberto Peel conservaba un carácter bastante protector, y que era un arma más de que quería servirse para fundar su supremacía en el mercado exterior.

El libre cambio, es decir, el libre monopolio, es la *santa alianza* de los grandes señores feudales del capital y de la industria, el mortero monstruo que debe terminar en todos los puntos del globo, la obra empezada por la división del trabajo, las máquinas, la competencia, el monopolio y la policía; ahogar á la pequeña industria y someter definitivamente al proletariado. Es la centralización, en toda la tierra, de este régimen de expoliación y de miseria, producto espontáneo de una civilización que debuta, pero que debe perecer en cuanto la sociedad adquiriera la conciencia de sus leyes; es la propiedad en toda su fuerza y en toda su gloria. ¡Y por llegar á la consumación de este sistema, tantos millones de trabajadores hambrientos, tantas inocentes criaturas condenadas desde la cuna á vivir en la miseria, tantas niñas y tantas mujeres prostituidas, tantas almas que se venden y tantos caracteres que se rebajan!... ¡Si á lo ménos los economistas viesen una salida á este laberinto, un fin á esta tor-

(1) Los únicos diarios que se propusieron combatir al ministro, el *Diario de los Debates*, el *Siglo* y el *Correo francés*, son, precisamente, aquellos cuya parte económica está encomendada á las notabilidades economistas. A pesar de reconocer la prudencia del ministro, estos diarios se reservaron sus teorías. En cuanto á los periódicos democráticos, sentimos decir que nada vieron, ni comprendieron, ni dijeron de lo que ha sucedido: ¡sin duda bivaqueaban en los Karpathas!

tura!... Pero no: ¡siempre, jamás! como el reloj de los condenados, es el refrán del Apocalipsis económico. ¡Oh!... ¡Si los condenados pudiesen quemar el infierno!...

§ III.—Teoría de la balanza del comercio.

La cuestión de la libertad comercial adquirió en nuestros días una importancia tal, que después de haber expuesto la doble serie de consecuencias que de ella resultan, para bien y para mal de la humanidad, me veo precisado á presentar la solución. Completando de este modo mi demostración, creo que habré hecho inútil, á los ojos del lector no comprometido, toda discusión ulterior.

Los antiguos conocían los verdaderos principios del comercio libre; pero, tan poco aficionados á las teorías, como vanidosos se presentan con ellas los modernos, no sé que hayan resumido sus ideas sobre este punto; y bastó que los economistas se apoderasen de la cuestión, para que al instante la verdad tradicional se oscureciese. No dejará de ser gracioso ver la *balanza del comercio*, después de un siglo de anatemas, demostrada y defendida, en nombre de la libertad y de la igualdad, de la historia y del derecho de gentes, por uno de esos hombres á quienes los apologistas de todos los hechos consumados conceden liberalmente la calificación de utopistas. Esta demostración, que procuraré hacer todo lo breve posible, será el último argumento que someteré á las meditaciones y á la conciencia de mis adversarios.

El principio de la balanza del comercio, resulta sintéticamente: 1.º de la fórmula de Say: *Los productos se cambian por productos*, fórmula á la cual